



LA PIERNA DE MADERA.

Encontré desta día, yendo de camino á un soldado de cataluña, muy joven aun, que llevaba suspendido de sus hombros la muleta de montar, y al lado izquierdo el correspondiente tubo de hoja de lata destinado para guardar el pasaporte; el apyo debía encerrar mas que una licencia temporal, porque caminaba con trabajo, apoyándose precisamente en una pierna de madera.

Nunca he podido contemplar sin una opresión dolorosa de corazón, esas mutilaciones hechas voluntariamente al hombre por el hombre, las cuales atestiguan mucho menos su valor que su carácter violento. Los acontecimientos de la historia pueden señalar las guerras que no hayan podido evitarse con razón y con justicia. ¿No han tenido casi siempre por motivo esos asesinatos organizados, algunos sucesos fatales?

21 DE DICIEMBRE DE 1851.

algún insulto contra la vanidad presuntuosa, alguna ambición que se ha avergonzado de mostrarse á las claras, y que ha preferido arrastrar naciones enteras para hacerlas partícipes de sus resentimientos ó aspiraciones? Colocando el valor sobre todas las virtudes, y haciéndolo consistir en matar ó morir por mano ajena, se ha llegado á despertar en nuestras almas el más antipático de todos los instintos, el que nos conduce y nos arrastra á la destrucción del género humano.

La guerra, que no es más que una raza degenerada, parece que corresponde únicamente á las épocas salvajes, en que el hombre, ignorando todavía las leyes racionales del mundo, sigue brutalmente sus impulsivas inspiraciones y sólo puede haberse comprendido por sus hechos. Entonces mata, así como el niño rompe, para ensayar su fuerza, para dar á conocer su voluntad, ó para calmar su cólera. Pero más tarde, después que se han desarrollado los instintos sociales, luego que el hombre ha llegado á conocer las ventajas de las relaciones fraternales entre las naciones, y á conquistar todos los medios que proporciona la civilización para hacer triunfar pacíficamente la justicia y la verdad, ¿cómo puede persistir en esos bárbaros deseos de verter sangre? Se tiene por justa y sabia la prohibición de que los ciudadanos defiendan sus derechos con las armas, porque de semejantes luchas sólo resulta el triunfo de la fuerza y nunca el de la equidad. ¿Y qué! La que es verdadera para un particular no ha de serlo también para cada pueblo, que al cabo no constituye más que un individuo en la humanidad entera? La ley que se juzga necesaria para la moralidad y la dicha de las sociedades, ¿puede serlo para la dicha y la moralidad de la gran sociedad que puebla el mundo? Si la imparcialidad del juez debe decidir únicamente entre los particulares, ¿por qué la fuerza de las armas ha de hacerlo entre las naciones? ¿Se abandonan á la casualidad sus intereses, por lo mismo que son infinitamente mayores?—Pero se dice, ¿cómo hemos de llegar á conseguir esa organización pacífica de los pueblos?—El medio seguro es probarles que ella es la que debe asegurar la seguridad general y el reposo y contento de todos; hacerles ver los sufrimientos consiguientes á esas luchas encarnizadas en que las victorias del vencedor se comparan con el luto y el odio de los vencidos; aconsejarles que no añadan á las miserias inevitables de la sucesión de Adam, los voluntarios desastres de la guerra. ¿No tienen los humanos bastantes calamidades con ese largo catálogo de catástrofes naturales, sin que tengan necesidad de llamar en su auxilio al cañón y al sable?

Al paso que me dirigía interiormente esta óptica contra la guerra, me perdía de vista al joven soldado. Cambiaba con firme paso y su pierna de palo resonaba á intervalos iguales sobre las piedras de la vereda. Sus facciones no expresaban esa viva y satisfactoria expansión de la juventud; una sombra hostera las cubría, sus mejillas aparecían marchitas, algunas arrugas asomaban en su frente tostada por los rayos del sol, y sus ojos, en torno de los que se dibujaba un cerco negro, revelaban esa melancolía paciente que comunica la desgracia noblemente sufrida.

Llegamos á una aldea, cuyo campanario hacía asomar su flecha por encima de los árboles. De pronto y en un recodo del camino, nos llegó la traza los agudos de un obús, y poco después llegamos á un campamento que nos dejó presentir uno de esos bailes campesinos animados por la felicidad y la alegría.

Sentados en dos toneles vacíos arrojaban los músicos al viento sus agudas notas, al paso que las parejas pasaban y repasaban dando vueltas entre la luz y la sombra que formaban los rayos del sol filtrándose por el ramaje.

El soldado se había detenido bruscamente. Arrojado á una barreta, la mano izquierda puesta sobre la punta de su palo de camino, entrecubierto la derecha, miraba aquella escena con emoción silenciosa. Un mundo entero de recuerdos cruzó sin duda entonces por su mente: acordábase de su pueblo y del tiempo en que dirigía el baile sobre la yerba. Nadie mejor que él sabía llevar el compás; ninguno de sus amigos podía igualarle en ligereza, en animación, en felicidad... Todas las jóvenes de la comarca lo preferían... Desde entonces sólo habían trascurrido algunos años; pero ¿qué cambio! El alegre bailarín de aquella época volvía encorvado por el cansancio, mutilado por la guerra y desconocido para todos, á un ser que le quedase una madre.

Detuvo también mis pasos delante de tan triste y desesperada contemplación, esperando que el soldado prosiguiese su camino, pero el baile continuaba y él permanecía mirando. Me decidí por fin á pasar de la aldea; pero no bien me acentué el joven pare para tomar la vereda, y era que el ruido de los pasos de mi caballo le hicieron levantar la cabeza, examinó furivamente su rostro, y distinguió en sus hondas mejillas dos lágrimas que las habíaban testamente.

¡Ah, consuélate, soldado! los placeres de la juventud bien concluido tenía tú; pero Dios te concederá por premio las satisfacciones dulces y serenas de la edad madura. La guerra te ha dejado por fortuna dos brazos vigorosos, que pueden ganar el sustento para una familia honrada. Vuelve, vuelve á tu aldea, y si las jóvenes no reconocen al

aguesto bailarín, puedes estar seguro de que entre ellas habrá alguna para cuyo corazón sea un atractivo tu desgracia. Esa te indemnizará de todo lo que has perdido.

TEATRO DE CALDERÓN.

El nombre de Calderón de la Barca es indudablemente el más popular de la escena española, y su teatro el repertorio dramático más conocido entre los de los célebres dramáticos del siglo XVII.

La razón de aquella preferencia está fundada en el indisputable mérito de este eminente autor (sobre el que todo está ya dicho), en su rica imaginación, en su abundancia, en su originalidad y en su cultura.—Menos fecundo que su antecesor, el asombro de su siglo, *Frey Lope de Vega Carpio*, lo fué sin embargo para mantener en vigor durante setenta años la curiosidad y el interés del público con peregrinas composiciones dramáticas, que entre profanas y religiosas se acercan al número de doscientas. Pero lo que cedió á aquel grande ingenio en fecundidad, le llevó de ventaja en la rica é ingeniosa combinación de sus argumentos, en la admirable entonación poética, en la elección de simpáticos caracteres, y en una cultura, en fin, y redondeza gracia en el estilo, que impregnando con todos los corazones, en todas las imaginaciones del público español, acababan por poner en sus manos la inmarcescible palma del teatro nacional: elección instructiva que los dos siglos siguientes han confirmado y aplaudido.

Este ingenio colosal, este eminentísimo poeta, para poder ser apreciado justamente, tuvo también la gran fortuna de alcanzar tiempos más adelantados en buen gusto, un público entusiasta por la escena, un rey y una corte infatigables cultivadores y protectores de las obras del arte.

Á estas causas reunidas, y al carácter oficial de *ingenio de la corte* que obtuvo Calderón durante todo el largo reinado de Felipe IV y la minoría de su sucesor, debió sin duda el que los admirables frutos de su talento apareciesen ante el público con toda el esplendor debido, cautivando la atención de los monarcas y cortesanos, de los inteligentes y del pueblo en general, hasta el estrepito de hacerle aparecer por más de medio siglo (y justamente el período más fecundo en excelentes autores), el dominador esclusivo de la escena española, el poeta cortesano, el ingenio verdaderamente nacional.—Sus ostentosos dramas, sus magníficas creaciones, que aparecieron primeramente en los regios salones del alcázar de Madrid, en los jardines y estanques del Buen-Retiro, y en los teatros de la Zarzuela y del Pardo, después de obtener el aplauso de aquella corte poética y caballeresca, pasaban á electrizar á la multitud en los corrales de la Cruz y del Príncipe; sus ingeniosas piezas y alegorías religiosas representadas con grande aparato en las plazas públicas, en las fiestas del Corpus ante los reyes, los consejos supremos, las autoridades y el pueblo, convertían á Calderón en un verdadero *estilo* de su siglo, en el cantor de su época, en un Homero, su Pindaro y su Tirteo.

¡Presenta y más años de triunfos tan envidiables, de posición tan sublime, desde que á los trece años de edad escribió su primera comedia, *El Carro del Gallo*, hasta que á los ochenta cerró el mismo su admirable teatro con la titulada *Hado y Dinero*! ¿Qué otro ingenio pudo jamás igualarse de conservar tanto tiempo el trono del arte, los simpatías y el entusiasmo del pueblo?

La modestia no desmedida del gran Calderón igualaba por lo menos á su mérito. Elevado á tan alta puesto por el público entusiasmo, heredero del escénico del gran Lope de Vega, y descolgado magníficamente en un corte, y en unos tiempos en que se alzaban á su lado hombres como Quevedo y Góngora, Moreto y Turo, Rojas y Alarcón; especial favorito poético del monarca poeta, y colmado de honores y distinciones (aunque en su esfera eclesiástica) por aquel rey y su gobierno, fácil es de suponer los tipos que había de sufrir de parte de la envidia, las esechanzas que contra su ingenio y contra su persona suscitaban tan merecido favor. Pues á pesar de esto, y por un fenómeno acaso único y que solo se explica por el carácter modesto y simpático de Calderón, sólo hallamos en sus contemporáneos escarceos y lestonas repetidos de encomio y alabanza, sólo vemos de parte de él mismo gratulaciones y muestras de benevolencia hacia las obras de sus contemporáneos y amigos.

Y es que Calderón, además de ser lasigne poeta, de su ingenio colosal, era uno de aquellos tipos caballeresco y simpático que él sabía pintar en sus comedias. Buen patriota, cumplido caballero, militar esforzado casado joven, pagó con su sangre el tributo de lealtad á su patria y á su rey; y su corazón fuerte y apasionado rindió un culto respetuoso en su altar á la hermosura: cultivador de la virtud á par que de la ciencia, no consintió jamás en ninguna de sus obras el menor desacato contra la moralidad y la creencia; venerable mentor: después, la mitad de su vida quedó consagrada como un modelo de

piedad y de virtud religiosa; y aunque sublimado por sus altos merecimientos á las distinciones y puestos de caballero del hábito de Santiago, capellan de honor de Palacio y de los Reyes Nuevos de Toledo, su mansedumbre, su apreciable condición y nobles modales, no se desmintieron jamás, tratado como superiores sin baja adulación ni servidumbre al monarca y á los magnates de la corte, como iguales á los célebres autores de su época, á los sacerdotes de la venerable congregación de Naturales de Madrid, y á los pobres á quienes socorría y servía en su santo hospital.

Una prueba material de esta sublime abnegación, de esta modesta virtud y condición de Calderón de la Barca, existe aun en el mismo pueblo de Madrid, que se gloria de haberle visto nacer en 17 de enero de 1600; y aprovechamos la ocasión de consignarla aquí, para que conste, á pesar de no ser nuestro objeto escribir una noticia biográfica de Calderón. Este símbolo material de la modestia de aquel grande hombre es la casa en que vivió durante algunos años, y en la cual falleció el día 25 de mayo de 1681.—Es la que en la calle de las Platerías (hoy calle Mayor), estuvo señalada con el número 4 de la manzana 175, y hoy la está con el número 93 nuevo. Dicha casita, tan mesquina é impropia para servir de morada á aquel asombro de la corte, no tiene mas que diez y siete pies y medio de fachada, y su superficie total es de 830, con un solo balcon en cada uno de los pisos; en el principal murió Calderón, y aunque revocada y compuesta la fachada, permanece en el mismo estado la distribución de su planta, su mesquina portal y empinada escalera. Esta casita pertenecía al patronato real de legos que en la capilla de San José de la iglesia parroquial de San Salvador (hoy demolida) fundó doña Inés de Riaño y fué de Andrés de Henao, y sin duda la tuvo en usufructo Calderón á título de descendiente de los fundadores, pues su madre se llamaba doña Ana María de Henao y Riaño, y fué también hija de Madrid.

En la misma capilla fué sepultado Calderón, colocándose sobre su sepulcro su retrato y un largo epitafio, á expensas de la venerable congregación de Presbíteros Naturales de Madrid, á quien dejó por su heredera; y este cuadro ha permanecido hasta 19 de junio de 1840, en que habiendo de demolerse la Iglesia por su estado de ruina, fueron exhumados aquellos restos venerables, y conducidos con gran pompa religiosa y poética al cementerio de la sacramental de San Nicolás, fuera de la puerta de Atocha, donde descansan, y es acaso el único de los poetas de su siglo cuyas cenizas se han salvado también.

Pero mayor que todos los monumentos que pudieran originar sus contemporáneos y sucesores, fué el servicio que prestó á su gloria su grande amigo D. Juan de Vera Tassis y Villarreal en la publicación de su *Teatro*, que hizo en 1682 (al siguiente de la muerte de Calderón) y salió á luz en nueve partes ó tomos, no habiéndolo verificado la décima que había de completarle.

En vida de Calderón su hermano D. José había emprendido dicha publicación; pero no la siguió, ni el mismo Calderón quiso hacerla por sí mismo, dando lugar con esta singular indecencia á que la avidéz y el deseo de lucro de los libreros, pudiesen imprimir impunemente sueltas, y en colecciones de varios, todas las comedias representadas de Calderón; pero tan llenas de errores y faltas, que él se negó constantemente á reconocerlas, habiendo uogado de paso y con mayor formalidad la paternidad de otras tantas por lo menos que le atribuían falsamente para realizarlas con su nombre tan popular. Por fortuna pocos meses antes de morir escribió una carta á un amigo en que consta el título de las verdaderas y de las falsas, y por testimonio del mismo Calderón está fuera de duda que escribió ciento y once hasta aquella fecha. Vera Tassis, su grande amigo y coleccionador, insertó en la parte 8.^a de su *Teatro* un catálogo en que le da 120, ó sean once mas, á saber: *Las cadenas del demonio, Géfalo y Pocris, El condenado de amor, Desengaños de María, Nadie se su secreto, La exaltación de la Cruz, El sacrificio de Ifigenia, La señora y la criada, La Sibila del Oriente, La Virgen de Madrid, y Las tres justicias en uno*; pero en cambio no publicó mas que 108 en las nueve partes que dió á luz, prometiéndole para la décima *El acaso y el error, El carro del Cielo, La Celestina, Certamen de amor y celos, El condenado de amor, Desagravios de María, Don Quijote de la Mancha, San Francisco de Borja, El Viaje de la Cruz, La Virgen de la Almudena (1.^a y 2.^a parte), La Virgen de los Remedios, y La Virgen de Madrid*.

Todas las reimpressiones de Calderón hechas posteriormente han sido reproducción de la colección de Vera Tassis, cuya parte novena salió en 1691.—En 1735 se reimprimieron las nueve partes por la viuda de Blas de Villanueva y D. Juan Fernandez Apóstol la publicó de nuevo en diez tomos desde 1780 á 1785.—Colecciones escogidas de comedias de Calderón se han publicado varias en España; la de don Vicente Garcia de la Puerta á fines del siglo pasado; la de los señores Dumas y Garcia Suelto en 1850; tambien se emprendió una completa en la Habana en 1840, por el editor Oliva; pero no llegaron á publicarse mas que dos tomos. Los autos sacramentales que escribió Calderón para representarse en las fiestas del Corpus, y cuyos manuscritos se con-

servaban en el archivo de la villa de Madrid, á quien los dejó en mandado, fueron cedidos por esta en 31 de mayo de 1717, y por la cantidad de diez y seis mil reales, á D. Pedro de Paula y Nier, quien hizo la publicación de ellos en tomo voluminoso, que comprenden 72 con sus correspondientes loas. Era una mala versión, que la mejor edición de Calderón fuere la que publicó en Leipzig en 1850, en cuatro grandes volúmenes, el distinguido literato don Juan Jorge Kohl; pero en fin, en este mismo año ha quedado reparada esta enorme falta con la publicación completa, metódica y renovada de las comedias del gran Calderón, hecha en cuatro tomos de la *Biblioteca de autores Españoles*, y dirigida con una admirable erudición, celo y conciencia, por nuestro buen amigo don D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

R. DE M. R.

INDICE ALFABETICO

DE LAS COMEDIAS VERDADERAS DE CALDERÓN.

Acaso (el) y el error.
Afectos de odio y amor.
Agradecer y no amar.
Alcalde (el) de Zalamea.
Amado y aborrecido.
Alcalde (el) de sí mismo.
Amar despues de la muerte.
Amor, honor y poder.
Amigo, amante y leal.
Antes que todo es mi dama.
Apolo y Climene.
Argenis y Poliarco.
Armas (las) de la hermosura.
A secreto agravio secreta venganza.
Astrólogo (el) fingido.
Aurora (la) en Copacavana.
Auristela y Lisidante.
Banda (la) y la flor.
Basta callar.
Bien vengas mal si bienes solo.
Cabellos (los) de Abesalon.
Cadenas (las) del demonio.
Cada uno es linaje aparte.
Carro (el) del cielo.
Casa con dos puertas.
Castillo (el) de Lindabridis.
Certamen de amor y celos.
Celestina (la).
Cieta (la) de Inglaterra.
Conde (el) Lucanor.
Con quien vengo, vengo.
Condado (el) de amor.
Cama (la) duende.
Darlo todo y no dar nada.
Dar tiempo al tiempo.
Desagravios (los) de Maria.
Desticha (ja) de la voz.
De una causa dos efectos.
Devocion (la) de la Cruz.
Dicha y desticha del nombre.
Don Quijote de la Mancha.
Dos (los) amantes del cielo.
Duelos de amor y lealtad.
Eco y Narciso.
Encanto (el) sin encanto.
En esta vida todo es verdad y todo mentira.
Empenios (los) de un caso.
Escandido (el) y la tapada.
Estatus (la) de Prometeo.
Exaltacion (la) de la Cruz.
Fiera (la) el rayo y la piedra.
Fieras atemina amor.
Fineza contra fineza.
Fortuna de Andromeda y Perseo.
Fuego de Dios en el querer bien.
Gola (el) faultame.
Golfo (el) de las Sirenas.
Gran Cenobia (la).
Gran (el) principe de Tex.
Guardale del agua mansa.
Gustas y disgustos son no mas que imaginacion.
Hado y Divisa.
Hija (la) del aire.
Hijo (el) de Geta.

Hombre pobre todo es trazas.
 Jardín (el) de Falacia.
 José (el) de las mugeres.
 Judas Macabéo.
 Lances de amor y fortuna.
 Laurel (el) de Apolo.
 Luis Perez el gallego.
 Maestro (el) de danzar.
 Mágico (el) prodigioso.
 Manos blancas no ofenden.
 Mañana será otro día.
 Mañanas de Abril y Mayo.
 Mayor monstruo (el) los celos.
 Mayor (el) encanto amor.
 Mejor está que estaba.
 Médico (el) de su honra.
 Monstruo (el) de los jardines.
 Mudanza de la fortuna.
 Mujer, llora y vencerás.
 Nadie se su secreto.
 Ni amor se libra de amar.
 Niña (la) de Gomez Arias.
 No hay burlas con el amor.
 No hay cosa como callar.
 No siempre lo peor es cierto.
 Nuestra Señora de los Beneditos.

Para vencer amor querer vencerle.
 Peor está que estaba.
 Pintor (el) de su deshonra.
 Postrer (el) duelo de España.
 Principe (el) constante.
 Primero soy yo.
 Puente (la) de Mantible.
 Purgatorio (el) de Patricio.
 Púrpura (la) de la rosa.
 ¿Cual es mayor perfeccion?
 Saber del mal y del bien.
 Sacrificio (el) de Ifigenia.
 San Francisco de Borja.
 Secreto (el) á voces.
 Segundo (el) Escipion.
 Señora (la) y la criada.
 Sibila (la) del Oriente.
 Sitio (el) de Bredó.
 Tambien hay duelo en las damas.
 Tres (los) mayores prodigios.
 Tres (los) afectos de amor.
 Tres (las) justicias en una.
 Triunfo (el) de la Cruz.
 Un castigo en tres venganzas.
 Zéfalo y Poeris.
 Zelos aun del aire matan.



Jarg de Podiebrad, rey de Bohemia.



Libusa, reina de Bohemia.

JORGE DE PODIEBRAD, REY DE BOHEMIA.

Esta estatua es sumamente notable por mas de un título: la expresion de su rostro, la nobleza de sus facciones, la majestad que revelan hasta las partes mas accesorias, honran al artista que la ha ejecutado.

LIBUSA, REINA DE BOHEMIA.

Esta reina fué hija de Krok y nieta de Samo, uno de los mas ilustres guerreros de Bohemia. Después de la muerte de su esposo, Libusa, que era bella, inteligente y animosa, se puso al frente del gobierno, reinó durante mucho tiempo, y todavía respeta y ama el pueblo su memoria.

Esta estatua da una idea justa de la mujer que representa.

LA FABRICA DE SARGADELOS.

La lámina estampada en la página 234 del presente tomo del SEMANARIO PINTORESCO, representa este magnífico establecimiento de fundición, que ha empezado en 1749 por una herrería con su martinete, destruida por medio de un incendio deliberado. Por real cédula de 5 de febrero de 1791, se ha construido una fábrica de fundición de hierro,

la cual correspondió cumplidamente, en el corto plazo de cinco años, á la contrata de municiones de guerra, establecida entre el gobierno de Carlos IV y el señor Iboñez, propietario de esta casa fabril. Desde la mencionada época, la fábrica de Sargadelos fué la abastecedora de los proyectiles empleados en las campañas nacionales desde la guerra de la Independencia, en cuyo período cargó cuarenta buques de transporte, hasta la última lucha civil y la seguridad de nuestros remotos dominios del Asia en 1845.

El primer horno alto que se ha construido en Galicia perteneció á esta fábrica, así como otro de reverbero para la fundición de los cañones, y de calcinación para los minerales férricos. El acopio de combustible vegetal hizo necesaria la adquisición de montes poblados de árboles, y la estension de los trabajos empleados en las constantes elaboraciones de esta fábrica, originó la construcción de grandes y espaciosos talleres y de casas destinadas á los numerosos operarios del establecimiento. Se improvisó un pueblo en medio de las quebradas montañas del territorio: las casas formaron calles, y las proporciones colosales de la fábrica ensancharon la línea de las construcciones subalternas. Las familias reunidas para el trabajo necesitaban un santuario: las personas que concurrían á la esportación de los productos elaborados, exigían un cómodo hospedaje: en la fábrica de Sargadelos se construyó también una capilla y un meson.

El gobierno por su parte coóperó al pensamiento elevado del dueño de la fábrica, y á la inteligente dirección del ingeniero alemán, capitán español de artillería, señor Aister: sucedieron por su orden los trabajos de los operarios pertenecientes á las fábricas de Orbaneta y la Cabada,



(Iglesia de Fortlet.—Francia.)

antes de alcanzar los privilegios de cubrir plaza de soldados los que no pudiesen ser reemplazados en el establecimiento. Se les concedió participación exclusiva en las minas terrosas y de piedra refractaria dentro del radio de mas de una legua, protección marítima y el fuero militar.

En 1804 tuvo lugar la creación de una fábrica de loza en este establecimiento de fundición, mejorado en 1816 con un horno alto y carbonera.

Desde 1841 la fábrica de Sargadelos pertenece en arriendo á una sociedad mercantil, bajo la razón social de *Luis de la Riva y Compañía*, compuesta de inteligentes y activos capitalistas que han generalizado

sus productos por medio de los adelantos de la época, compitiendo con las mas acreditadas del extranjero. La actividad y el crédito aumentan la importancia del numerario: con crédito y actividad, la nueva compañía de esta fábrica de fundición y loza, ha conseguido acreditar sus productos en los mercados peninsulares. En la elaboración de la loza no solo restauró lo antiguo, sino que construyó de nuevo, fabricando un horno de bicocho y dos de barniz, dos para desecar los aceites del estampado, mas de treinta estufas para secar la obra hecha, molinos de cuarzo, yeso y barniz, nueve almacenes, el taller de carpintería, la oficina del estampado y ocho prensas movidas por me-

ño del gas. En la fundición de hierro construyó 1768 carboneras, una de las que contiene cerca de 38,000 arrobas de combustible vegetal; sustituyó á las ruedas hidráulicas de madera otras de hierro, una máquina de vapor con su caldera destinada á dar vapor á dos cilindros de la Mikhelson y un magnífico torno de patente, de rosa espiraloriental y diez y ocho yates de longitud, con sus ruedas dentadas para diversas aplicaciones. Otras mejoras de no menor importancia se han llevado á cabo en este establecimiento, y se ha procurado embellecer sus prolongadas líneas con dos casas nuevas, á las que proporciona una grata y pintoresca visualidad la huerta de la vivienda perteneciente á los propietarios de la fábrica, donde los fruítiles en espalder y los cenadores decorados con gusto sostienen la armonía de la naturaleza al lado de las construcciones del arte y de las humosas botanías de la industria.

Antes de terminar esta sucinta reseña del más acreditado establecimiento industrial de Galicia, presentaremos una rápida ojeada de sus productos y consumos, según los datos consignados por su infaligable administración.

En la fundición de hierro, empleando únicamente un horno alto, se elaboran cerca de 50,000 quintales de hierro con carbon vegetal, en cocinas económicas, balcones, tubos caloríficos, molinetes para barcos, ruedas hidráulicas, baterías de cocina, municiones de guerra y los proverbiales *peros*—ollas de hierro á semejanza de las usadas en Francia, Bélgica y otras naciones del continente—que han servido para las caricaturas empleadas en la encaja de nuestros hábitos provinciales.

Los productos de la fábrica de loza ascienden á 404 hornadas y 200,000 ladrillos refractarios.

La fábrica de fundición consume anualmente 30,000 quintales de carbon mineral, 30,000 del vegetal, 6,000 de castaño y 60,000 de carbon fósil ó mineral empleado en el otro horno y cilindros.

La fábrica de loza consume cada año 70,000 quintales de carbon de piedra pertenecientes á las minas de Aruas y Santa María del Mar en Asturias.

Este establecimiento emplea á 4,000 familias, 203 carros con 500 parejas de bueyes, y 22 buques de cabotaje. La sociedad mercantil é industrial que tiene en arriendo esta fábrica pone en circulación de cinco á seis millones de capital.

La loza de Sargadelos es ya popular en España, despues de ser generalizada en las diversas provincias de la Península, y en particular en las del mediodía.

La empresa ha merecido en 1848 una honrosa y pública recompensa de la escogida elaboración de la loza, recibiendo una real orden, en la cual S. M. manifestaba que había recibido con particular satisfacción las dos vajillas, una blanca y otra estampada, dirigidas por la sociedad *La Fábrica y Compañía*, como un presente de las artes y un homenaje de la industria de Galicia á la augusta heredera de doña Isabel la Católica.

APUNTES HISTÓRICOS SOBRE Q. SERTORIO.

Los bandos y guerras civiles de Roma entre Mario y Sila, hombres tan poderosos y turbulentos que no cabían juntos en un reino, ni aun en el mundo entero, pues todo se alborotó por su respeto, alcanzaron, por desgracia, á nuestra España con la venida á la misma del valeroso capitán Q. Sertorio, quien despues de haber militado bajo las banderas de Escipion en las guerras de Numancia, y de haber sido tribuno del ejército del cónsul Decio, se fué á Roma, en donde abiertamente siguió la parcialidad de Mario y Cinna contra Sila, habiendo tenido en aquellas guerras civiles, en las cuales le sacaron un ojo, honrosos cargos y oficios.

Muertos Mario y Cinna, quedó Sertorio, enemigo capital de Sila, y por consiguiente conóció que su persona corría no poco riesgo. Para asegurar esta de todo peligro, se vino á España, desde donde pasó á Africa, de allí á Ibiza y al estrecho de Gibraltar, y posteriormente á las Islas Canarias, regresando luego por Africa á España. Llamado por los portugueses, al frente de los cuales emprendió y llevó á cabo operaciones tan bien acertadas, que pusieron mas de una vez en aprieto y en peligro inmensos á la república de Roma.

Fué Sertorio tan gran capitán que comúnmente se le ha solido comparar con el rey Filipo, padre de Alejandro, con Atrey Antigono, padre de Demetrio, con Annibal Caraginés, con Viriato Portugués, y con Terrá Africano, que fueron insignes capitanes, y muy parecidos en todo, hasta en la grandeza de sus ánimos y condiciones, y en haber perdido tambien un ojo por desastre.

Tampoco se dejó llevar jamás Sertorio de deleite ni de miedo del mismo. Se asegura que mostró un gran corazon en las adversidades, que fué modesto en los sucesos prósperos, y tan constante y atrevido en los casos repentinos y apurados, que aventajó á los demás de su tiempo: abedienzóse que en crólicas y astucias militares fué igualmente profundísimo: en remunerar, largo; y en castigar, manso y clemente.

Luego que volvió de Africa puso su asiento en la Lusitania, y en Ebro su casa y corte; y conocidos su valor y arrojo extraordinarios por los lusitanos, le rogaron tomara el mando y señorío de ellos, librando en su experimentada valor y prudencia suya, las esperanzas de sacudir pronto y para siempre el pesado yugo de los romanos, sin que saliesen fallidos sus cálculos, porque desde luego empezó á mejorar las armas, y en breves dias venció y desbarató á algunos ejércitos romanos.

Prosiguió su próspera fortuna arrollando enemigos y conquistando poblaciones principales, de tal forma, que muchas se le entregaron luego voluntaria y espontáneamente.

Se hizo dueño de las voluntades de todos, así romanos como españoles: á estos con liberalidades y franquezas, á aquellos con honorosos cargos en el nuevo senado que formó, y porque dió á unos y otros el mundo universal de la república romana, diciendo ser esta la verdadera, y el citado senado el legítimo, y el de Roma falso y tiránico.

Sabiendo el caso en Roma despacharon contra Sertorio al cónsul Q. Cecilio Metelo Pio, á quien puso aquel en tal aprieto que hubo de enviarle desde Narbona el cónsul Lucio Lelio, un ejército de romanos y narbonenses en socorro suyo; y aun dice Plutarco, que el mismo Lelio vino tambien, y posteriormente Pompeyo el Grande, advirtiéndole, que antes que llegase el último, tuvo Sertorio con Metelo reñidos encuentros, en términos que le desbarató y echó de la Lusitania, y aun de toda la España ulterior, y le obligó á irse al reino de Valencia, y á guarecerse y fortificarse en Sagunto, en donde le llegó el socorro de Narbona; pero habiéndolo sabido Sertorio se pasó, como un rayo, á la España citerior, y pareciéndole que para sus planes, así de mar como de tierra, no había puesto mas á propósito que el de Denia (1), se estableció en dicha poblacion, escogiéndola por plaza de armas, por puerto para su armada, y para atalayar desde lo alto del monte Mongó (2), las flotas romanas.

Tuvo Sertorio mucha devoción á Diana, y por medio de una cervatilla blanca que domesticó, hizo creer á los suyos que cuanto ejecutaba era inspirado por aquella diosa; de suerte que su popularidad y prestigio fueron aumentándose de dia en dia, de un modo tan extraordinario como pasmoso, y mas por haber llegado á la sazón Perpetua de Cebleña con unas cincuenta y tres cohortes para juntarse con él, por haber sido igualmente del bando de Mario.

Al punto que se divulgó la venida de Pompeyo y que ya pasaba los Pirineos, como su fama era tan universal por sus heroicas hazañas en tiempo de Sila, á virtud de las cuales adquirió el nombre de Megno, pudo solo la voz de su entrada alterar las cosas de Sertorio de manera, que muchas ciudades empezaron á apartarse de su amistad, quedando únicamente en el reino de Valencia, esta poblacion, Denia y Pallancia, con algunas otras; pero como Luro, que ahora es Llorca, no Liria, se singularizase en rebelarse, tan pronto como lo supo Sertorio la puso apretado cerco; y aunque Pompeyo acudió con presteza á su socorro, fué en vano, porque de resultas del arrojo y audacia que empleó el sitiador, quedó desbaratado y vencido aquel, con pérdida de diez mil de los suyos, incluso Decio Lelio, legado de Pompeyo, su tienda y bagajes. Rehiáse este, y volviendo á proteger á Luro, se colocó de manera que parecia poner cerco á los reales de Sertorio, sitiándole entre la poblacion y el campo á fin de que empeñando la batalla, saliesen los de Luro á cerrar por la espalda con los Sertorianos.

Penetró Sertorio la estratagemá y el engaño, y así con prudente y pronta diligencia se mejoró de puesto, de suerte que no solo escusó el inminente peligro que le amenazaba, sino que obligó á Pompeyo á mudar de intentos y á permanecer solo á la defensiva.

Sertorio entónces aprovechando los momentos, atacó á Luro de manera que viéndose sus habitantes sin esperanza de ser socorridos, se rindieron al sitiador sin condiciones; pero como Sertorio era tan clemente y benigno, les perdonó la vida y los dejó salir con algunas ropas y eseseres, incendiando en seguida la poblacion.

Pompeyo se asombró de tan impensado y terrible incendio, de tal forma que al punto se desalojó de allí y no paró hasta los Pirineos, yéndose tambien por tal causa, Sertorio á pasar el invierno á la Lusitania. Esta memorable jornada ocurrió por los años 77 antes de Cristo.

El verano siguiente volvió Sertorio á salir á campaña desde Denia, poniendo sus reales en los riberes del Júcar, cerca de Cullera. Volvió igualmente Pompeyo á buscarle, acompañado de bastantes españoles y de Q. Fabio, con muchos saguntinos, con lo cual se juzgó tan superior á su enemigo, que sin querer esperar á Metelo, se acercó cuando pudo él y le presentó la batalla á las inmediaciones de Cullera, cuya batalla no aceptó Sertorio hasta la tarde, y empeñando los choques y las escaramuzas entre ambos ejércitos, se trabó la preliminar apretada.

(1) Véase nuestro artículo sobre esta ciudad, inserto en el número 43 del Semanario, correspondiente al 7 de mayo de 1848.

(2) Véase nuestro artículo, sobre esta montaña, inserto en el número 44 del Semanario, correspondiente al 26 de noviembre de 1848.

y cruel que se vió en España, y que fué seguida de una terrible tempestad, sin que ni esta ni el estrago de las armas fuesen instantes para que aquellos se apartasen de la citada pelea, sino que antes por el contrario contribuyeron á que se atacasen con mayor zafra y con un valor que rayaba en temeridad.

La suerte protegió y favoreció á Sertorio, porque desbarató y venció á Pompeyo, quien despues de haber perdido mas de diez mil hombres; la mayor parte muertos, tuvo que huir á pié y herido en un muslo, retirándose y atrincherándose con los restos de su ejército á la falda del monte de Corvera, desde donde pudo atalayar los reales de Sertorio, descuidados y sin órden por ir su gente desbandada y sin recelo, por cuyo motivo se propuso no desperdiciar tan buena coyuntura, y así haciendo inopinadamente cerró de improviso con aquellos, y saqueados que fueron, se retiró y pasó á toda prisa á la otra parte del Júcar, no pasando hasta que se alojó en las riberas del Turia.

Sertorio levantó el campo, yendo sin parar en busca de Pompeyo, y habiéndole alcanzado en los lados de Sagunto, se dieron la batalla de poder á poder, peleando entrambos con igualdad de próspera y adversa fortuna, porque el primero venció al segundo matándole seis mil hombres, y entre ellos á Mammio, su hermano político, y Metelo venció á Perpenna, matándole tambien cinco mil hombres. Sertorio hirió de una lanzada á Metelo, y luego él se vió en tanto aprieto cercado de sus enemigos, que á no ser por el extraordinario valor y arrojo desperado de los celtiberos que guardaban su persona, y que por ello perdieron muchos sus vidas, él quedaría aquel día sin ella, en cuya ocasion cobrando bríos Pompeyo se echó de repente sobre Valencia y la ganó.

Ecastillóse Sertorio en Pallancia, hoy Valencia la vieja, y luego Pompeyo le cercó; pero como tuviese aviso de que sus capitanes le habian reunido mucha gente y que estaba reparado y engrosado con ella su ejército, se salió de secreto, y al frente de este, fué en socorro de Pallancia, cuya poblacion, por haber desalojado á su enemigo, quedó desercada y libre.

Tambien dispuso por este tiempo que su armada saliese del puerto de Denia, y que recorriendo la costa talase y destruyese, segun lo realizó, cuanto pudiese alcanzar de sus contrarios, mientras él por tierra se dió tanta prisa en perseguir á éstos, que no paró hasta esclarlos del Reno, yéndose Metelo á invernar á Francia, y Pompeyo al país de los vacceos, en cuya ocasion volvió Sertorio á recobrar á Valencia.

Habiendo corrido y héchose públicas en Roma las reiteradas victorias de Sertorio, temeroso el senado de un nuevo y mayor desastre, ofreció bien talentos de plata y doscientas yugadas de tierra á quien le matase, cuya oferta publicada por bando, hizo que de allí adelante fuese poco de los romanos que se hallaban á su servicio, por lo cual le dejaron muchos, y aun se pasaron los mas á Metelo, yendo desde este punto sus cosas de mal en peor tan aprisa, que en menos de dos años le abandonaron la mayor parte de las poblaciones que hasta entonces habian seguido su voz, y aunque todavia sostuvo algunos encuentros con sus enemigos, por fin, le echaron de la Celtiberia, y se vió precisado á retirarse á su plaza de armas de Denia.

Por este tiempo su mayor amigo Perpenna, movido de una ambicion sin limites, y dando lugar en su pecho á una traicion localizable de puro infame; empezó á conjurarse contra Sertorio por un medio tan indigno como fué el de maquinarle con los pueblos que aun le eran adictos, mandando en su nombre y por supuesto sin saberlo él, cosas injustas y tiránicas, y ejecutando para su cumplimiento rigurosos y atroces castigos: de forma que reinaba un disgusto extraordinario, y los mas anhelaban la ruina y la perdicion del que hasta entonces habian idolatrado con frenesí pasmoso.

Por desgracia Sertorio, siguiendo los falsos consejos de Perpenna, en quien su tema depositada toda su confianza, empezó á tratar de empujar, mostrándose de allí adelante tan rígido y cruel con los españoles, que tuvo degollar en Huesca á los hijos de los principales de aquellos que se hallaban estudiando, con lo cual se acabaron de exasperar los ánimos; y partiéndole al traidor Perpenna y á sus cómplices ser ya la ocasion muy propicia, aceleraron la ejecucion de sus planes, habiendo contribuido tambien á ello el aviso que dió Publio Aufidio, uno de los conjurados, de que se iban haciendo públicos aquellos.

Para que los citados planes no se malograsen, disputaron que un fugido mensajero llevase las nuevas á Sertorio de haber ganado los suyos una gran batalla en las Andalucías, siendo así que en realidad de verdad, la habian perdido.

Alegreóse mucho Sertorio con tal noticia, y despues de haber ofrecido solemnes sacrificios á la diosa Diana, en su famosísimo templo de Denia (1), dió un convite á Perpenna y á otros de los que suponía eran sus amigos, en cuyo convite anfitrión el primero tan descompuesto

y libre de palabras y acciones, á fin de exasperar á aquel, que presumiendo y recelando ya sus intenciones, procuró disimular echándose de pechos sobre la mesa y apesentando que dormía, con el objeto de que se marchasen, en cuyo entonces Perpenna dejó caer al suelo un vaso de vidrio, que era la señal convenida. Antes de caer un puñal y con él le causó algunas heridas, y accediendo y secundando con presteza Aufidio, Manlio y los demás conjurados le acabaron de matar, triunfando así de un capitán que, cual otro Aníbal, hizo temblar á la reina de mundo, y venció á sus mas afamados guerreros, entre ellos á Metelo y Pompeyo el Grande.

Que la desastrosa muerte de Sertorio ocurrió en Denia y no en Valencia, Huesca ó Tarragona, como se esfuerzan en asegurarlo Bunter, Escalano y otros, es un hecho notorio y casi incontestable, sin embargo de las lápidas que existen en aquella capital y en Ebroa, pues conformes nosotros con Ambrosio de Morales, creemos que la primera (1) es solo base de una estatua que Q. Sertorio Abacerca, liberto de Q. Sertorio (2), costó y dedicó á su amo; y la segunda, si ya no fuese fingida, pudo ser llevada de Denia por los portugueses que seguian su causa y sus banderas, ó bien sola ó con los restos de su jefe, para conservar una y otros mas cerca de sus hogares, y para perpetuar memoria y recuerdo perenne de quien tanto habian amado y respetado una vida.

Desde el asesinato vil y cobarde de Sertorio, no disfrutó Perpenna de la mas mínima tranquilidad, porque fué fatal y tan extraordinaria la impresion que causó en todos la noticia de aquel, que al momento empezaron á alborotarse contra el segundo, en tales términos que se vió á pié que de ser muerto, y mas cuando abierto el testamento del primero, se halló que le dejaba por heredero suyo.

A los pocos dias llegó Pompeyo en busca de Perpenna, quien salió de Denia con la gente que pudo reunir á fuerza de ruegos y de dádivas y aun quitando la vida á varios; y empezando la batalla, que fué terrible, á la vista de la poblacion, se declaró al fin la victoria por Pompeyo, y quedando prisionero Perpenna, le hizo degollar sin quererle ver, ni permitir que llegase á su presencia, y entró vencedor en Denia, concluyendo así una guerra notable que duró mas de diez años.

Remon SALOMON.

AMORES DEL SIGLO IV.

EN QUÉ GUSTA UN DONCEL DE AMORES MAL PERIODO INVOCABA Á SU MALA.

En fabla que non se usa por mil ayos desvarios, flegamos, mi doña musa, una trova de amorios.

Castemos dueñas garridas que con apuestos garzones pasan alegres sus vidas sin duelos ni desastroses.

Que la mi peñola espere siguiendo humildeza taya el arte del hechicero de trovar en ciencia gaye.

Si tiene aquesta cracion algun moderno resabio, decid con el buen Ladrón;

«¡Ham, ham, ham, ham que raiho!»

Cá si así mis desvarios la vuesa merced acusa, flegamos, mi doña musa,

buena trova de amorios. Só que sois dueña de bien, é vuestro poder divino trovar me hará coplas tien si non bases el pergamino.

(1) Esta lápida que citamos como existente en Valencia, que ostenta pintado alrededor de ella del agua herida de un rayo, y que en la actualidad se halla servida igualmente de pedestal á una cruz que hay en el mar de S. Mateo, segun el libro de Cuarteros de personas nobles, y de los años Quarenta, Quince y Siete, de Barcelona, está representada de una manera bastante diferente de la indicada.

(2) Q. Sertorio tuvo cuatro libertos, quienes segun el historiador, fueron el primero de su nombre, y fueron Q. Sertorio Mascaeno, Q. Sertorio Anserio, Q. Sertorio Bero, los tres griegos, y Q. Sertorio Capelo.

(1) Véase nuestro artículo sobre este celeberrimo templo, inserto en el número 58 del Semanario, correspondiente al 17 de setiembre de 1848.

Cá juro si non son fieles
mis ideas al trovar,
non comer pan á manteles
nin con la reina folgare.

Acudidme, que estoy solo,
la mi dueña mucho amada,
fablad al don rey Apolo
en pro de mi esta vegada.

Que ello servirá en aumento
deste mancebo coitado,
que á cumplir su juramento
verase sino obligado.

E asi si de vos no abusa
ayuntemos nuestros brios,
é cantemos, doña musa,
una trova de amoríos.

II.

DE CÓMO ERATO LA JUGUETONA SE DOLIÓ DE LAS CUITAS DEL
MAL FERIDO GALAN Y LE SOPLÓ.

Esto á su musa decia
un gallardo trovador
que á la ventana gemia
de una niña de mi flor.

Saca una guitarra vieja,
benigna Erato le sopla,
y hé aqui que bajo la reja
se declara en esta copla.

III.

LAS MUY SENTIDAS RAZONES QUE EL MAL FERIDO GALAN DIJO
Á LA DESDEÑOSA DAMA EN BIEN TROVADAS SEGUIDILLAS.

Discreta doncellica,
garrida dueña,
Catad cómo á amar firme
natura enseña.

De amor en colmo,
Catad cómo se enlaza
la vid al olmo.

Quered, noble fidalga,
la mi señora,
non fagais cruda un tuerto
al que os adora.

Seno de piedra,
mirad cómo se ayuntan
abeto é yedra.

Fincando hinojos pido
mal vuestro grado,
non fagades á un triste
desaguisado.

Membrad, la dueña,
que la natura misma
amor enseña.

Magüer que amante vengo,
vengo morrido,
é de penas de amores
muy mal ferido.
Abrid la reja,
que en poridad contaros
quiero mi queja.

Membrad que os doné, niña,
las arracadas
que de vuestas orejas
tracis colgadas.

Membrad que os quitero,
é que naci fidalgo
é caballero.

De querer nó os dé miedo,
fermosa dueña,
que la natura misma
amor enseña.

Los tortolicos
mirad cómo se besan
con los sus piecos.

Otrosí de las flores
ved los balagos
estogando sus pechos
con aires vagos.
Si nó os conmueve,
oíd una palabra
que á todas mueve.

No soy pobre cual todos
los Amadís,
que tengo medio cuento
en maravedis.
Cuatro caballos,
una torre, dos lanzas
é tres vasallos.

Así, niña galana,
si á mi te humillas,
tendrás sayas de seda
é gargantillas.
E de oro en ascua
me estrenarás un traje
en cada pascua.

IV.

DE LA GRAN CÓLERA EN QUE MONTÓ EL MAL FERIDO GALAN
AL VER CUMPLIDO SU DESEO CON LA DESDEÑOSA DAMA, Y LAS
DISCRETAS RAZONES QUE DIJO.

Cesó el cantor y á su anhelo
correspondiendo galana,
apareció en la ventana
una niña como un cielo.

Miróla el galan severo
no preciano tal conquista,
y alzando al cielo la vista
dijo en tono lastimero:

«Ved, doña musa embustera,
digna de quinientas sobas,
lo que con la dueña fiera
pueden vuestras sandias trovas.

Cantado la he sin cesar,
sin que en mi parara mientes,
é se me rinde al nombrar
los maravedis potentes.

Adios, la mi dueña-garra,
adios, la musa embustera;»
é arrojando la guitarra
se marchó por la otra acera.

V.

DONDE SE CUENTAN LOS DUELOS QUE FIZO LA YA ENTONCES
COMPASIVA Y DOLORIDA DUEÑA, CON OTRAS COSAS QUE AÑADE
EL COPLERO.

La dama entróse llorando,
y al cerrar la doble reja
la oyó quien iba pasando
decir en tono de queja:

«¡ Ahí es un grano de anís! »
Lo que prueba que algun dia
fueron cosa de valia
los tales maravedis.

Por eso yo extraño á fé
que en este siglo traidor
todo se dé por amor,
nada por oro se dé.

Pues bien claro deducis
de mi historia, que algun dia
fueron cosa de valia
los tales maravedis.

LUIS DE EGUILAR.